

Historia Regional y Microhistoria Dilemas, cautelas y algo más ...

*Norma Beatriz García***

La progresiva multiplicidad de perspectivas y métodos ha sido la característica permanente en la práctica historiográfica durante los últimos treinta años. El camino único (o al menos, la pretensión de un "camino único"¹) fue cediendo lugar al reconocimiento de la posibilidad de una pluralidad de enfoques que, según se estimaba, serviría mejor al intento de abarcar la complejidad del pasado. La reorientación en la perspectiva historiográfica, o sea, la pluralización de perspectivas históricas, abría condiciones para "colonizar" problemas y temáticas que habían sido ignorados. La historia social, por ejemplo, se independizaba de la económica. Igualmente, en la historia económica se producía un desplazamiento desde las problemáticas vinculadas con la producción y su tratamiento preferentemente cuantitativo a las cuestiones relativas al consumo, por lo que la separación entre la historia económica y la historia socio-cultural se desvanecía. La historia política trasladaba su interés por lo institucional-estatal a un interés por la política del hombre de y en la calle. Se expandía el alcance y el territorio de lo político y se tendía

** Investigadora de la Universidad Nacional del Comahue. Integrante del proyecto "*Prensa, cultura y política en la Patagonia norte (de la década de 1940 a la de 1980)*" dirigido por la Dra. Leticia Prislei.

1. Relativizamos la expresión, pues coincidimos con Kuhn. Respecto de la idea que en las Ciencias Sociales no existe un consenso al estilo del que existe en las ciencias duras que dé lugar a un modelo heurístico único o a prácticas y categorías compartidas. Aunque esto no nos lleva a asegurar, como lo hace él, que las Ciencias Sociales sean "preparadigmáticas", es decir, que aún no estén maduras y que cuando arriben a los acuerdos propios de las disciplinas más avanzadas, se configurarán plenamente como ciencias. La ausencia de un paradigma único no quita la posibilidad de pensar en la tendencia dominante de alguno y el permanente estado de tensión entre modelos de acción, metodologías de investigación y, sobre todo, entre maneras de ver el mundo.

cada vez más a analizar la lucha por el poder en el plano de la fábrica, la escuela y la familia. En ese sentido, la influencia de Michel Foucault resultaba fundamentalmente significativa. Los historiadores de la cultura abandonaban el alcance restringido, estrecho e insuficiente del concepto "cultura" en cuanto arte, literatura, música, etc. y se inclinaban por una perspectiva más antropológica que les permitiera comprender los sistemas simbólicos que daban sentido y significado a las acciones. Esta renovación, por algunos cuestionada², daría lugar, por un lado, al estudio de una serie de asuntos que anteriormente se consideraban carentes de historia, como por ejemplo, la niñez, la muerte, la locura, el cuerpo, la femeneidad, la lectura³ y, por otro lado, haría que la distinción tradicional entre lo central y lo secundario se socavara, pues el reconocimiento compartido acerca de la idea de que la realidad con toda su complejidad está social o culturalmente constituida y construida, llevaba a que lo que antes se consideraba inmutable o bien, se despreciaba en las explicaciones historiográficas, ahora se viera como una construcción cultural sometida a variaciones temporales y espaciales. La "historia desde abajo" y la historia de la vida cotidiana o sea, la historia de la gente corriente y su experiencia del cambio social -rechazada en otro tiempo por trivial- ganaban terreno en el campo de la producción historiográfica.

En este contexto, el marxismo y el funcional-estructuralismo como sistemas de interpretación completo y cerrado dejaban de ser el marco global seguro para situar y explicar el conjunto de acontecimientos históricos. La formulación de relaciones necesarias para detectar regulaciones, bajo un ánimo "cientifizador", se descartaba como opción episte-

-
2. Al respecto son ilustrativos las objeciones de Dosse, Francois (1988) en *La historia en migajas. De "Annales" a la "nueva historia"*, Valencia, Edicions Alfons el Magnánim y Fontana, Josep (1992) *La historia después de la historia*, Barcelona, Crítica.
 3. Dos obras colectivas aportan una perspectiva valiosa y global respecto de las nuevas formas de pensar y hacer la Historia: ver Le Goff, J. y Nora, P. (1985) *Hacer la Historia*, Barcelona, Alianza o Burke, Peter y otros (1994) *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza.

mológica innegable. La crítica más fuerte se anclaba en la reducción de la pluralidad de acontecimientos a una raíz explicativa y causal común, es decir, a la estructura, concebida como una combinación cuasimatemática de posibilidades. Se iniciaba el cuestionamiento a la noción de estructura, pues se la acusaba de reducir todo a una forma de unidad última, lo que derivaba en una causalidad estructural o una explicación objetivante. Desde la filosofía (Foucault), la lingüística (Derrida) y el psicoanálisis (Lacan) se originaba un camino de objeción a la visión estructuralista, a su pretensión de hallar en las estructuras formales las claves de la explicación. La sustitución de los datos objetivos por los subjetivos resultaba ser el correlato inevitable de la transformación que se emprendía. El impacto fue significativo y a lo largo de los 80 se fue filtrado y fue afectando a un gran número de disciplinas, de las cuales la Historia no quedó afuera.

De esta manera, la fortaleza paradigmática que había tenido el estructuralismo en la escena intelectual empezaba, pues, a debilitarse. La estructura, como modelo de inteligibilidad lógica, perdía legitimidad ante su incapacidad para dar respuesta a las transformaciones que el mundo vivía durante el último tercio del siglo XX. El estructuralismo comenzó a ser percibido como una práctica de lectura que intentaba controlar los sentidos de acuerdo con hipótesis preexistentes. La devaluación de la praxis intencional, de la conciencia histórica y de la dialéctica del cambio, propios del estructuralismo, empezaba a sentirse como una operación reductiva. Los planteos teóricos hasta el momento "exitosos" se percibían como códigos *ad hoc*, como modelos construidos y no inductivos de los datos empíricos, que devenían en efectos tales como: la discontinuidad entre lo real y su intelección, el escape a la contingencia y el mantener "el juego" dentro de ciertos límites en tanto la estructura se convertía en una totalidad autorreproductiva.

En este contexto, la pregunta central dejó de ser: ¿por qué los pueblos se comportan de manera semejante?. La preocupación, entonces, se centró en poder dar cuenta de lo contrario: ¿por qué las sociedades o los sujetos se comportan de manera diferente?. Brotaba una cierta fasci-

nación por explicar la incontenible diversidad del mundo, que llevaría al interés por dimensiones de la experiencia humana que enfoques dominantes anteriores habían marginado, o bien ignorado. Esta fascinación daba lugar a un nuevo consenso heurístico, que devendría en la reconfiguración de los principios de interpretación sobre el cambio social y el sentido de la historia, y en el imperativo desarme y/o resignificación del andamiaje conceptual de los sistemas teóricos precedentes para recomponerlos conforme a otro hilo argumental que ganara en complejidad.

De esta manera, la restauración del papel de lo particular, de lo distinto o de lo "excepcional normal", en palabras de Grendi, sería la singularidad. El papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales, la búsqueda de la reconstrucción de la manera en que ellos producen el mundo social a partir de una situación particular, las racionalidades y estrategias que ponen en práctica comunidades, familias e individuos desplazarían, como parte de las preocupaciones de los historiadores, a las estructuras y los mecanismos que rigen las relaciones sociales fuera de toda intención subjetiva. Dicho en otros términos, los modelos interaccionistas se colocarían como la alternativa para dar cuenta de las diferencias, lo que llevaba a desplazar la mirada de lo macro a lo micro, de las reglas impuestas a los usos imaginativos, de las conductas "obligadas" a las decisiones o a las acciones según recursos propios (condiciones económicas, capital cultural, acceso a la información, etcétera), de las estructuras a la redes, de los sistemas de posición a las situaciones vividas, de las normas colectivas a las estrategias singulares, etcétera. Un ejemplo de esta perspectiva lo constituiría la microhistoria.

La emergencia de la microhistoria hacia la década del setenta se encuadra, podríamos adelantar, en una actitud de provocación, de construcción de cierta manera alternativa opuesta al paradigma de la historia globalizadora. Es el abandono de procesos cognitivos totalizadores o macroanálisis. Este estado de novedad llevó a algunos integrantes de la comunidad de historiadores en América latina a identificar, o bien a homologar, la microhistoria con el proyecto de la historia local o historia regional. Uno de los casos más representativos es el del mexicano

Luis González y González, quien en sus libros *Pueblo en vilo, Invitación a la microhistoria* y *Otra invitación a la microhistoria* equipara la historia pueblerina, la historia parroquial, la *historia patria* con la microhistoria. Así, explícitamente la microhistoria mexicana con, por ejemplo, la "Local History" inglesa y también con la "Petite Histoire" francesa. También están quienes entienden la historia local como "microhistoria totalizadora" (Rubí I Casals, 1995:23), o bien reconocen las diferencias pero admiten que algunas de las versiones de la microhistoria, particularmente la francesa —en tanto rescatan de ella especialmente la idea de contexto— parecen estar más próximas a la Historia Regional.⁴ Por el contrario, igualmente están quienes, como Carbonari, interpretan que la microhistoria y la historia regional no son lo mismo, aunque coincidan respecto de la validez e importancia de la reducción de la escala de observación.⁵ Entendemos que la escala de observación no conforma por sí misma la base central capaz de definir una identificación entre la Microhistoria (MH) y la Historia Regional (HR). En este sentido, podría sostenerse que constituyen *proyectos epistemológicos diferentes* que devienen en esquemas diferentes de aproximación a los problemas y a las temáticas históricas. Las líneas que siguen pretenden trazar un borrador que presente la divergencia de las matrices epistemológicas⁶ entre la

-
4. Ver por ejemplo, Bandieri, Susana (1996) Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia en *Entrepasados, Revista de Historia*, Año VI, N° 11, pp. 71-100 ó, de la misma autora, "La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o cómo contribuir a una historia nacional más complejizada", en Fernández, Sandra y Dalla Corte, Gabriela (comp.) (2001) *Lugares para la historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos*, Rosario, UNR: 91-118.
 5. Al respecto, ver Fernández, Sandra y Dalla Corte, Gabriela (comp.) (2001), ob. cit: 104, o bien, Carbonari, María Rosa "El Espacio y la Historia: de la Historia regional a la Micro-Historia", presentada en el III Taller Internacional de Historia regional y local. La Habana entre el 15 y 17 de abril de 1998.
 6. Al considerar lo epistemológico, estamos pensando en el estudio acerca de la producción del conocimiento bajo sus aspectos lógico, histórico e ideológico a los efectos de poder responder a preguntas tales como: qué objeto se está construyendo, con qué conceptos, con qué categorías, respondiendo a qué in-

MH y la HR a fin de relativizar las posiciones que las equiparan. No pretendo hacer un tratado sobre epistemología. Si así fuera, eso obligaría a una extensión infinitamente mayor y, además, a adentrarnos en problemáticas filosóficas y científicas de mucha complejidad que ignoramos. Nuestro objetivo es un tanto más modesto: hacer una panorámica (necesariamente fragmentaria e incompleta) de los fundamentos epistemológicos que separan, más que acercan, a la Microhistoria de la Historia Regional. El valor de esta tematización no está en el ejercicio de una tarea valorativa que autorice la legitimidad de una sobre la otra. Nuestro propio horizonte epistemológico apunta a poner en tensión la tentación autocomplaciente de nuestra propia práctica como investigadores regionales y a reconocernos con el derecho de darle nuevos sentidos a partir de la sospecha del "aire renovador" y de sus claves ilusorias.

En primer lugar, una aclaración

Problematizar epistemológicamente implica ensayar un nuevo modo de fundar conclusiones desde nuevas preguntas. No es replantear, necesariamente, la validez del conocimiento histórico. Es asomarse, no sin dificultades ni controversias, a ciertas problemáticas que hacen a las propias dudas acerca del sentido y de la lógica con que se constituye nuestra propia colocación. Avanzar en esta línea nos impone algunas aclaraciones previas.

Desde la perspectiva a desarrollar, no es lo mismo la Historia Regional que la Historia de las Regiones o sobre las Regiones. No se trata de un juego de palabras ni de matices a tener en cuenta. Se refieren a construcciones teóricas y epistemológicas diferentes que soportan y direccionan lógicas distintas.

Si bien lo que nos interesa es comparar epistemológicamente la Historia Regional con la Microhistoria, diferenciar la primera de lo que hemos

terrogantes, para qué se produce ese conocimiento, en qué contexto, etcétera. Esto implica un esfuerzo de reconstrucción y no una tarea descriptiva.

clado en llamar "Historia de las regiones" o "Historia sobre las regiones" nos permitirá definir el campo de significación en el que nos deslizaremos.

Uno de los aspectos que distingue la Historia Regional (HR) de la Historia sobre o de las Regiones (HSR) es la concepción de región. Para la primera, la región es una construcción histórico-social, un resultado inestable de un proceso de estructuración social que articula y condensa diferentes procesos sociales, un proceso de territorialización de las relaciones sociales (Fradkin, 2001:126), una hipótesis por demostrar antes que una entidad previa (Von Young, 1991:99-122); en cambio, para la segunda, la región puede ser una manifestación exclusiva de los agentes naturales –sumatoria de elementos naturalmente integrados–, una división político-administrativa (provincia, departamento, municipio o conjunto de provincias) o bien una ficción organicista y esencialista legitimante de una particularidad o superioridad. En todos los casos se trata de una definición apriorística de la delimitación del objeto.

Las diferencias no se reducen sólo a la concepción de región. El aspecto epistemológico también marca la distancia entre ambas⁷. La posición gnoseológica de la HSR tiene su raíz en el empirismo (criterio verificacionista). Es decir, se recurre a lo empírico, a lo observable, a los "hechos" como único origen legítimo y tribunal del conocimiento. El énfasis se pone en la descripción de los hechos y acontecimientos. La "sacralización" de los hechos –propia del paradigma positivista– hace a la concentración en los acontecimientos y en los individuos o instituciones y no al análisis de los procesos o estructuras localizados en la *longue durée*.

Se parte del presupuesto de que en el orden social existe una legalidad "natural" que se debe "descubrir"; de esta manera, la sociedad deja de ser una construcción histórica de los hombres. De modo que el cono-

7. Sólo haremos referencia a las características epistemológicas de la HSR, a las de la HR aludiremos al compararla con la Microhistoria.

cimiento sobre la región se concibe como un descubrimiento y no como una categoría de análisis o bien como una construcción histórica.

La región, que pre-existe, encierra, además, una historia particular que forma parte de una Historia Universal, aunque aquélla se explica a sí misma, como si estuviera dotada de cierta autosuficiencia o autodeterminación. En muchos casos, es una suerte de versión a escala más reducida de la "historia nacional oficial"; y resulta ser, a menor escala, la memoria colectiva de las clases gobernantes. Así, se trata de una historia de conmemoraciones, acontecimientos y personajes locales que se juzgan "presentables" ante la historia oficial —erudita, anecdótica y de aniversario—. Desde la HSR, parafraseando a Michelet, la indagación histórica sería una reivindicación de los muertos, lo que nosotros podríamos enmendar diciendo: "de algunos muertos". El conocimiento del espacio propuesto como propio deviene en promesa de conciencia y de subjetividad. El sentido del conocimiento histórico se identifica con la intención de construir una conciencia de la comunidad acerca de su vida, de su originalidad, por lo que lejos de explicar lo central⁸, se aumenta la muestra de lo pintoresco.

En la HSR está vigente una suerte de sincretismo entre positivismo, historicismo y romanticismo, que conserva el principio de que sólo existe lo particular y lo concreto, por lo que la historia atestiguaría el hecho de una pluralidad de sistemas. A la idea de una naturaleza humana universal uniforme y homogénea, la HSR refuerza la idea de la existencia de *esencias* diversas. De tal manera que suele convertirse en un instrumento cultural de exaltación local.

La erudición será el instrumento de trabajo elevado a la categoría misma de esencia de la Historia, con lo cual el conocimiento no constituiría

8. Lo central, entre otros aspectos, apunta a penetrar en un área de acción social en constante cambio en donde se desarrollan relaciones, formas, funciones, organizaciones, estructuras, etcétera, con sus más diversos niveles de interacción y contradicción.

una construcción o reconstrucción interpretativa, sino un proceso de descubrimiento neutral, lo que presupone una relación cognitiva acorde al modelo mecanicista que acepta la interpretación pasiva, contemplativa de la teoría del reflejo. El planteo central se basa en un modelo de epistemología nomotético que alimenta tres tipos de expectativas que han resultado imposibles de cumplir: una expectativa de predicción y una expectativa de administración, ambas basadas a su vez en una expectativa de exactitud cuantificable (Wallerstein, 1999:55). El resultado es un "cientificismo" más preocupado por la verificación que por el origen y la naturaleza del conocimiento y de la práctica historiográfica, que convierte al proceso de conocimiento en un dispositivo ritual.

Si bien las características señaladas no agotan la complejidad de la postura epistemológica de la HSR, nos permiten compendiar una suerte de sustrato en el que se apoya y nos remite a un cuadro de referencia necesario para justificar nuestra exclusión de la equiparación entre la HR y la HSR.

Historia Regional y Microhistoria.

Proximidades y lejanías. Una comparación desde sus matrices epistemológicas

Una primera comparación nos exige pensar en términos de semejanza y, por lo tanto, reconocer algunas similitudes, sin que ello sea lo suficientemente fuerte como para homologar la HR y la Microhistoria (MH). Un cotejo grueso y simplificador nos permite sostener que ambas perspectivas hicieron posible el ingreso al escenario historiográfico de realidades y voces nuevas y procuraron nuevas lecturas sugestivas de tradiciones con adhesiones "inmunizadoras". Asimismo, hicieron posible el ajuste espacial de la observación y de la práctica, recuperaron la diversidad como un terreno fértil y comprometido con las potencialidades locales y/o subjetivas y permitieron la irrupción de la diversidad de actores, realidades y procesos para dar importancia no a la relatividad, sino a la especificidad. Por otro lado, eliminaron la pretendida vía única (monismo teórico-metodológico) de conocimiento sobre el pasado, dieron

una vuelta a una consideración "histórica" de los conceptos, haciendo posible la superación de la visión unilateral de la historia. Sus aportes no son desdeñables desde el punto de vista epistemológico, ya que introducen la posibilidad de la pluralidad, la multiplicidad, la complejidad y la ampliación en la perspectiva de análisis.

Estas características, que podríamos valorar como aportes innovadores en la práctica histórica, pueden también convertirse en limitaciones. Es decir, no basta con desplegar sus "virtudes"; se hace necesario, además, señalar algunos posibles (aunque no necesarios) vicios o limitaciones. La riqueza de la nueva perspectiva puede tener como contrapartida una creciente dispersión y, aun una incoherencia del enfoque histórico, un fraccionamiento cientificista que conduciría a investigar minucias carentes de relevancia o a un estudio de experiencias intransferibles que llevaría a un debate de sordos. Podría, asimismo, devenir en un descuido casi deliberado de las verdaderas constricciones estructurales sobre el comportamiento humano y de las interrelaciones más amplias del tejido histórico. En todos estos casos, la Historia como conocimiento perdería su capacidad explicativa y, por lo tanto, su sentido.

Volvamos a nuestro objetivo central, es decir, distinguir la HR y la MH desde una perspectiva epistemológica⁹. La trama argumentativa obligatoriamente nos conduce a iniciar el itinerario discursivo considerando el origen, pues nos permitirá, en parte, explicar las derivaciones epistemológicas. Ambas emergen como construcciones alternativas u opues-

9. No desconozco que cualquier intento comparativo representa un ejercicio intelectual que fuerza y violenta la realidad. Reunir trabajos diversos, cada uno con sus particularidades, para luego compararlos con otro grupo tiene sus riesgos. Por ejemplo, el mismo Giovanni Levi (1994: 119) reconoce que la microhistoria es una práctica historiográfica con referencias teóricas múltiples y, en cierto sentido, eclécticas, que no posee un cuerpo de ortodoxia establecido. Sin desestimar las limitaciones de todo proceso de agrupamiento, en nuestro ensayo intentamos comparar la HR con la MH, apelando a las características epistemológicas distintivas, pues creemos que desde ese lugar es posible hacerlo.

tas a versiones anteriores. En el caso de la HR, es posible reconocer varios puntos de partida. Probablemente, deberíamos remitirnos a 1945, momento de creación de los *estudios de área*¹⁰ como nueva categoría institucional para agrupar el trabajo institucional. La idea básica de los estudios de área era sencilla: un área era una zona geográfica macro que se caracterizaba por una coherencia cultural, histórica y, frecuentemente, lingüística. Los estudios de área fueron entendidos como un campo tanto de estudio (por ejemplo: América latina, Medio Oriente, Europa central, oriental y occidental, etcétera) como de enseñanza. La expansión de la cantidad de científicos durante las décadas del sesenta y setenta derivó en la ampliación de la base social y, por ello, en la necesidad de hallar nuevas áreas de investigación o estudios de áreas. Esto se constituyó en la emergencia de "voces" nuevas que plantearon cuestiones teóricas que iban más allá de los tópicos o los temas de estudio tradicionales. Estos grupos tensionaron y cuestionaron presupuestos que a veces se incorporaban a modo de razonamiento *a priori*, con lo cual fueron ganando terreno perspectivas de análisis en las que la diferencia no se apartaba, sino reclamaba ser incluida como central para dar cuenta de la complejidad de la dinámica social. De este modo, se ponían en evidencia los límites de la generalización excesiva en la diversidad de terrenos analíticos (Fernández-Dalla Corte, 2001:18). De lo que se trataba, en síntesis, era de construir una historia en términos más matizados, que pudiera poner en suspenso algunas de las verdades más recurrentes y no contrastadas de la historia nacional (macroárea), pero sin perder de vista el contexto, sin el cual las visiones más restringidas perdían significado, buscando siempre la reformulación de los análisis socio-históricos en términos de procesos (Bandieri, 1996:91). En el desarrollo de esta perspectiva, los aportes de la Geografía Crítica¹¹ fueron estimados y recogidos.

10. El concepto apareció por primera vez en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, y luego se extendió a universidades de otras partes del mundo. Ver Wallerstein, Immanuel (coord.), ob. cit: 40-45.

11. Ver Carbonari, María Rosa (1998) ob. cit., o bien Bandieri, Susana: *La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o cómo contribuir a*

dos: la reconceptualización de "región" como categoría otorgaría una nueva dimensión analítica a las construcciones histórico-regionales frente a las crónicas provinciales y a los relatos "porteñocentristas". Por otra parte, estaban dadas las condiciones para la relectura de los trabajos de Frederick J. Turner, particularmente *La frontera en la historia americana* (1976), que permitía concederles nuevos significados a los territorios marginales de la historia general y nacional. De igual forma, la publicación del artículo de Eric Van Young aportaría, más allá de las posteriores críticas,¹² nuevos argumentos para atender las especificidades o la diversidad, al considerar la región como la "espacialización de las relaciones económicas".

En general, si atendemos a los inicios de la HR, advertimos que emerge como respuesta a una visión generalizadora o centralizadora de la historia, y no necesariamente para poner en tensión los principios epistemológicos fundamentales de ciertos modelos explicativos. Por ello, muchas veces, lo que ofrecieron y ofrecen las producciones enmarcadas en la HR fueron y son versiones parciales o mutiladas de la realidad macro-social, y no versiones diferentes.

La MH, en cambio, nació, en palabras de Giovanni Levi, como una crítica a una conceptualización muy fuerte del marxismo, del estructuralismo y, en general, como una propuesta para complicar la categorización y para describir la realidad como más compleja de lo que las ideologías dominantes la consideraban.¹³ Al decir de Jacques Revel

una historia nacional más complejizada en Fernández, Sandra y Dalla Corte, Gabriela (comp.) (2001), ob. cit., pp. 96-100.

12. Nos estamos refiriendo particularmente a la preocupación por la delimitación anticipada del objeto de estudio. Ver Bandieri, Susana: *La posibilidad operativa ...*, en Fernández, Sandra y Dalla Corte, Gabriela (comp.) (2001), ob. cit: 94.
13. Crisis y resignificación de la microhistoria. Una entrevista a Giovanni Levi (1999), en *Prohistoria. Debates y combates por la historia que viene*, Año III, Nº 3, Rosario, p. 187.

(1996:142), nació de hecho como una reacción y como una toma de posición respecto de un cierto estado de la historia social y como parte del impacto de los enfoques culturalistas provenientes de la antropología interpretativa, cuyo principal referente era Clifford Geertz. Es decir, la MH surge, en la década del setenta, como producto del resquebrajamiento de los grandes modelos explicativos, de aquellos paradigmas dominantes que se habían buscado en el marxismo, particularmente en su versión estructuralista. Fue una búsqueda del acontecimiento –"producto de un proceso de construcción y no como una clave transparente para la comprensión de la realidad histórica" (Campagne, 1997:86)– y del individuo para dar cuenta de la diversidad etnográfica y del cambio social a través del comportamiento concreto de los sujetos y de los protagonistas, reconociendo cierta libertad más allá del constreñimiento de los sistemas normativos¹⁴. La disminución de la escala de análisis, como principio epistemológico, permitía revelar aspectos o factores no observados previamente, además de modificar la forma y la trama. Desde sus inicios y como parte de la búsqueda por superar el programa cognitivo estructuralista, también pretendió abordar lo distinto como excepción. Fue la excepcionalidad, como principio epistemológico, lo que le permitiría a la MH poner en tensión viejos y arraigados modelos explicativos. En este sentido, más que una innovación (apelativo más afín a la HR), podríamos preguntarnos si la MH no constituyó, acaso, una provocativa ruptura epistemológica en las prácticas historiográficas.

Por lo tanto, se trata de orígenes disímiles, que explicarían sólo en parte la diferencia de intereses, de acentos temáticos y de estilos conceptuales de abordaje. El horizonte intelectual de la HR, la lleva a ocuparse de la estructuración y sus mecanismos de persistencia y cambio y de las potencialidades y pautas generales de sus transformaciones en fenómenos específicos. Es decir, en la HR es posible la colaboración entre modelos generales de estructura y cambios sociales y la serie específica de fenó-

-
14. La acción social es concebida como una constante negociación, manipulación, elección y decisión del individuo.

menos. La HR intenta combinar una sociología histórica de las estructuras sociales y de la acción, tanto diacrónica como sincrónicamente. Dicho en otros términos, le preocupa el proceso de las relaciones sociales que se estructuran en un tiempo y un espacio particulares a través de la *dualidad estructural*¹⁵. Esto significa entender que las propiedades estructurales de los sistemas sociales son a la vez condiciones y resultados de las actividades realizadas por los agentes que forman parte del sistema. A través de los aspectos estructurantes se intenta explicar de qué manera se establecen las relaciones sociales en el tiempo y en el espacio. Lo novedoso es que estas estructuras no son concebidas *a priori*, ni como una lógica y una racionalidad autosuficientes, sino que la única realidad "empíricamente" captable de lo estructural es la particularidad de la contradictoria dinámica social. Ello no evita que se conciba a la región como una formación, a través del tiempo y del espacio, de modelos regularizados de relaciones sociales, que son pensadas como prácticas reproductivas contradictorias y, por ello, dinámicas.

Respecto de la MH, el estímulo de la antropología surte efecto en la localización de nuevos problemas, en la percepción de problemas antiguos con ojos nuevos. Las investigaciones microhistóricas, según Gren-di (1996:132), para huir de la lógica entificante del discurso histórico general (estado, mercado, estratificación social, etcétera) pondrán el acento en las relaciones interpersonales consideradas necesarias para reconstruir la cultura a través de la exploración de las prácticas sociales. El resultado será un giro en las preocupaciones: se pasará del interés en la producción al interés por el lenguaje y las representaciones. La antropología simbólica e interpretativa contribuirá a que se abandone, por ejemplo, el concepto de causalidad, que otorga un importante peso a la contextualización —constelación permanentemente móvil a la que es necesario considerar diacrónicamente—. Esa causalidad se fraguaba en el modelo configuracional. Es la negociación de los actores sociales con-

15. No es un término que nos pertenezca. Lo adoptamos de Giddens, Anthony (1995) *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.

cretos la que se entiende como la única forma establecida y palpable de despliegue y particularización de los sujetos. Se apela a la visión del y desde el protagonista como principio epistemológico para detectar el entramado de símbolos capaces de revelar lógicas sociales y culturales de grupo, aspectos inadvertidos por las corrientes historiográficas anteriores. Para interpretar el marco de referencia del actor, el énfasis se pone en captar el significado o el sentido profundo que las personas y los grupos les atribuyen a sus acciones. La intención de acceder a las "reglas de juego" de la interacción social demanda atender el contexto de significados que enmarca la vida del individuo y del grupo. Se parte del presupuesto de que los seres humanos crean interpretaciones significativas de los objetos físicos y conductuales que los rodean en su medio, y que se actúa a la luz de las interpretaciones de esos significados. Se trata de significados en acción con un carácter local. Desde este lugar epistemológico, el contexto es "lo demás", sin límites precisos y sin tematización detallada. De modo que la certeza de encontrar en el contexto, instituido como coyuntura, el origen de las acciones y de las decisiones de los actores pierde solidez y confiabilidad explicativa. Referencias al modelo de acumulación, al régimen político o a cualquier otro contexto quedan excluidos como marcos desde cuyo interior y en función del cual se hacen inteligibles las definiciones de las elecciones de los actores. Por el contrario, se atiende a la multiplicidad de las experiencias y de las representaciones sociales de los actores. Se parte del presupuesto de que "cada actor histórico participa, de cerca o de lejos, en procesos (...) de dimensiones y niveles diferentes" (Revel, 1996: 150). Lo local o lo regional pasan a ser simples lugares de la experiencia.

"Si la causalidad se certifica al interior de cada contexto particular, las formas y los comportamientos sociales se engendran concretamente a partir de las dinámicas de interacción de los individuos ..." (Gribaudi: 199-182).

Se subraya la dimensión de la incertidumbre y de la posibilidad. Las evidencias no se organizan en torno a un marco de referencia predeterminedo del cual se deriva una confirmación causal en la elección de evidencias y en la retórica demostrativa.

Se sustituyen los ideales teóricos de explicación, predicción y control por los de comprensión, significado y acción. La finalidad no es buscar explicaciones causales o funcionales de la vida social y humana, sino profundizar en el conocimiento de por qué la vida social se percibe y experimenta tal como ocurre y revelar el significado de las formas particulares de la vida social mediante la articulación sistemática de las estructuras de significado subjetivo que rigen las maneras de actuar de los individuos.

Así pues, lo planteado hasta ahora nos permitiría ir confirmando que no existe un aspecto intrínseco que emparente o identifique la HR con la MH. Si en esta misma línea atendemos a la diferencia de los núcleos duros epistemológicos, la propuesta metodológica y los horizontes de comprensión distancian a ambas propuestas. El método regional o la "perspectiva regional" (Cerutti, 2001:170) de la HR no se puede homologar al método nominativo, a la descripción densa y al paradigma indiciario (modelo de la sintomatología) de la MH.

El método regional se caracteriza por un enfoque histórico y espacial que propende al análisis de las contradicciones suscitadas en la estructura productiva regional, de la relación de ésta con el comportamiento de la superestructura del poder hegemónico, de la correspondiente relación de estos factores con la modalidad de uso de los recursos naturales y del espacio construido y, finalmente, de los efectos del conjunto sobre la alteración de la dinámica de los procesos naturales.¹⁶ El método regional aspira a hacer operativa la definición de los "cambios producidos en una sociedad regional, atendiendo a las variaciones espacio-temporales del modelo de acumulación a escala local y su necesaria relación con el entorno externo, apuntando a la comprensión de la realidad regional a partir de su inserción en marcos más amplios, donde participan actores sociales locales y extrarregionales" (Bandieri, 2001: 105).

16. Ver De Jong, Gerardo Mario (2002) El método regional: recursos para la transformación social en *Revista Realidad Económica*, N° 185: 145-169.

Sin embargo, la lógica de investigación de la propuesta metodológica de la MH difiere de la anterior. Frente a la despersonalización homogeneizadora, a la descontextualización y al olvido del simbolismo que entrañan las acciones y sus productos, se defiende la individualización de la historia. El libro *El nombre y el cómo* de Carlo Ginzburg define un tipo de investigación fundada en el nombre. El punto de partida pasa a ser casos, situaciones y documentos individuales, en cuanto individuales.¹⁷ Se trata de la reconstrucción basada en el nombre, la investigación micro-nominativa, cuyo propósito es armar "la red de relaciones sociales en que el individuo está integrado", atendiendo a una jerarquía estratificada de estructuras significativas (descripción densa),¹⁸ haciendo un análisis que desentrañe las estructuras de significación, determinando su campo social y su alcance. Partiendo de la negación de la transparencia de la realidad, se aplica el "modelo de la sintomatología, o semiótica médica, la disciplina que permite diagnosticar las enfermedades inaccesibles a la observación directa por medio de síntomas superficiales, a veces irrelevantes a ojos del profano" (Ginzburg, 1989: 143). Lo que caracteriza a este tipo de búsqueda (método detectivesco) es su capacidad de remontarse desde datos experimentales aparentemente secundarios a una realidad compleja, no experimentada en forma directa. Si la realidad es impenetrable, para los microhistoriadores existen zonas —pruebas, indicios— que permiten descifrarla y hacer inferencias conjeturales, apelando al modelo epistemológico indicial o sintomático o modelo de interpretación conjetural, cuya base es la inferencia abductiva del filósofo

17. Según Carlo Ginzburg (1989), "muy distinto carácter poseía la ciencia galileana, que hubiera podido hacer suya la máxima escolástica *individuum est ineffabile*, de lo individual no se puede hablar. El empleo de la matemática y del método experimental, en efecto, implican respectivamente la cuantificación y la reiterabilidad de los fenómenos, mientras el punto de vista individualizante excluía por definición la segunda, y admitía la primera con función solamente auxiliar", en *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona, Gedisa, p. 147

18. Ver Geertz, Clifford (2000) *Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura* en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, cap. I, pp. 19-40.

Charles S. Peirce. Así, frente al dilema epistemológico de asumir un estatus científico débil para llegar a resultados relevantes, o asumir un estatus científico fuerte para llegar a resultados de escasa relevancia, la MH opta por lo primero.

Por lo tanto, si atendemos a la lógica de investigación —base epistemológica del análisis— notaremos que es más lo que separa que lo que une a la MH a la HR., aunque, pese a ello, no podemos negar que ha habido un influyente aporte de la segunda sobre la primera. Retomando el propósito de advertir algunas diferencias se podría decir que la MH investiga los resbaladizos fenómenos de la interacción cotidiana y sus conexiones con el mundo social amplio, utilizando como medio el significado subjetivo, en cambio, la HR investiga los fenómenos sociales para explicarlos y comprenderlos como parte de grandes texturas de causas¹⁹. Los vínculos entre lo general y lo particular no se resuelven de la misma manera: para la MH no existe un contexto unificado u homogéneo en el interior del cual y en función del cual los actores definen sus elecciones, ni condiciones general en el seno de las cuales se inscribe una realidad particular como presupone la HR, sino pluralidad de contextos de comportamientos; es decir, la experiencia del actor se inscribe en el mayor número de contextos posibles. Por otro lado, mientras que la MH parte de la perspectiva de que la acción social es el resultado de una transacción constante del individuo y de una manipulación y elección frente a la realidad normativa para huir de la lógica entificante del discurso histórico, la HR busca reconstruir los sistemas sociales históricos compuestos por múltiples unidades interactuantes, caracterizadas por jerarquías internas y comportamientos espacio-temporales complejos y contradictorios. Mientras que para la MH el objeto es la acción, basada en elecciones respecto de la interpretación de significados,²⁰ para la HR lo es la conducta, entendida comúnmente como estrategia so-

19. Con ello, a veces, no se logran alterar las características de las explicaciones, sino la complejidad de las hipótesis interactuantes.

20. La causa está intermediada por sistemas de símbolos.

cial²¹ en un marco de referencia preestablecido, por lo que ésta es comprendida dentro de un análisis más sistémico y/o estructural. Mientras que la HR tiende al análisis de sistemas, basados en dinámicas particulares de no-equilibrios y no lineales, la MH busca una descripción más realista del comportamiento, recurriendo al modelo de la conducta humana basado en la acción y el conflicto y reconoce la relativa libertad más allá de las trabas de los sistemas prescriptivos y normativos.²² Mientras que la HR busca resolver la tensión entre el universalismo de principios y el particularismo de hechos, la MH intenta encontrar el máximo de sentidos en el mínimo de signos.

A manera de epílogo (parcial y perfectible)

"El problema ya no es el de hacer homogéneos o 'coherentes' diferentes puntos de vista; el problema es comprender cómo puntos de vista diferentes se producen recíprocamente. La desaparición de la imagen clásica de la razón y del conocimiento provoca un deslizamiento de la idea de síntesis hacia la idea de complementación como estrategia constructiva" (Cerutti, 1998: 44)

21. La idea de "estrategia social" suele tomar el lugar de una hipótesis funcionalista general que define los comportamientos de los actores individuales o colectivos que tuvieron éxito.
22. Este último punto nos tienta a considerar algunos posibles rasgos negativos que derivan del interés por lo individual e inmediato. El abandono de lo estructural puede resultar un obstáculo que imposibilite un análisis suficiente de la dimensión política como constitutiva de los fenómenos, con lo cual el tema (o la dimensión) del poder se evaporaría y perdería capacidad explicativa al pasar por alto el espesor y la diversidad de lo social. Afirma Aníbal Ford: "si bien lo micro es un dispositivo fundamental en la elaboración de hipótesis y conjeturas y aun en la exploración de los conflictos estructurales, puede transformarse en una coartada cuando no es acompañado por lecturas del mismo objeto en otras escalas" en "La honda de David. Antropología, comunicología, culturología en el tercer mundo", en *Causas y azares*, N° 7, Buenos Aires, 1998, p. 88-89.

Las palabras de Mario Cerutti sintetizan la posición de muchos historiadores. Ciertamente, el desplazamiento de la preocupación de la simplificación a la complejización se ha convertido en el contexto que oficia como facilitador de aspiraciones historiográficas que reemplazan a otras que han perdido su antigua eficacia.

Así, se abrieron y se siguen abriendo nuevos campos que tienden a convertirse en disciplinas que aspiran al diálogo, a la convergencia o a la identificación. En cada caso se reconocen las posibilidades interpretativo-explicativas, pero pocas veces se asumen sus diferencias y liviandades epistemológicas. En este trabajo, intentamos dar cuenta de eso, sin pretender ejercer o desarrollar juicios de valor respecto de la MH y la HR, calificando o descalificando, o haciendo de las diferencias jerarquías. Aspiramos a poner en tensión la identificación entre ambas y, por qué no, la posibilidad o no de la complementariedad. Es así que, sin negar los aportes que la MH le ha hecho a la HR, nos podríamos preguntar si la distancia en la matriz interpretativa y, por lo tanto, en la propuesta epistemológica hace posible esa complementariedad. Por ello, entonces: ¿no se podría pensar en una Historia sin adjetivos limitativos? ¿No se podría pensar en una Historia que aspire a organizarse alrededor de nudos o núcleos temáticos y problemáticos? ¿No se podría pensar en una Historia que, renunciando a la idea de estructuras esenciales en la sociedad, no niegue la concepción de la totalidad de una sociedad como estructura organizada? ¿No podríamos pensar que una Historia que dé cuenta de la complejidad no se resuelve construyendo una teoría, sino con una forma de pensamiento que no anticipe?

Poner al desnudo —uno de los intentos de este trabajo— la razón de la presencia de perspectivas de análisis, lógicas, presupuestos epistemológicos, etcétera, revela las fuerzas de significación de las diversas prácticas historiográficas y se convierte en un ejercicio de vigilancia sobre complacencias prácticas disciplinares. Pero también es cierto que estas inquietudes que piden ser objeto de análisis se convierten en una visión "enflaquecida" si se descuida el sentido del conocimiento histórico; es decir, si no se piensa la producción del conocimiento histórico con rela-

ción a la pregunta: "¿para qué conocer?". Problema que creo que últimamente se desestima. No basta con responder a la pregunta tan sólo desde lo disciplinar o desde la justificación del objeto. Ello tendría que ver con la legitimidad, que es propiamente intelectual. La discusión hay que darla a partir del reconocimiento de nuestra práctica no sólo como historiográfica, sino como práctica social, como compromiso social, jamás al margen de la contienda y, por ello, atravesada por mediaciones contextuales valóricas, ideológicas y culturales. No pretendemos inscribirnos en una tradición moralista ni pedagógica, pero deberíamos pensar que se vuelve cada vez más insostenible, independientemente de que nos inscribamos en la MH o la HR, la pretensión de desvincular la historia en la que se participa y se toma posición, de la historia que se investiga. Probablemente no tengamos que perder de vista que, parafraseando a Lucien Febvre, "el historiador no es un juez. Ni siquiera un juez de instrucción. La historia no es juzgar; es comprender —y hacer comprender—" (Febvre, 1977:133). Ahora bien, aun acordando con él, nos siguen quedando pendientes las preguntas: comprender ¿qué? y ¿para qué?

Bibliografía

- Bandieri, Susana (1996) *Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia* en *Entrepasados, Revista de Historia*, Año VI, N° 11.
- Campagne, Fabián Alejandro (1997) *Las búsquedas de la historia. Reflexiones sobre las aproximaciones macro y micro en la historiografía reciente* en *Entrepasados. Revista de Historia*, Año VI, N° 13, Buenos Aires.
- Carbonari, María Rosa (1998) *El Espacio y la Historia: de la Historia regional a la Micro-Historia*, presentada en el III Taller Internacional de Historia regional y local. La Habana entre el 15 y 17 de abril de 1998.
- Cerutti, Mario (1998) *El mito de la omnisciencia y el ojo del observador* en Watzlawick, Paul y Krieg, P. (comp): *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa.

- Cerutti, Mario (2001) Monterrey y su ámbito regional (1850-1910). Referencia histórica y sugerencias metodológicas, en Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte (comp.), (2001) *Lugares para la historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos*, Rosario, UNR.
- Crisis y resignificación de la microhistoria. Una entrevista a Giovanni Levi en. *Prohistoria. Debates y combates por la historia que viene*, Año III, N° 3, Rosario, primavera de 1999.
- De Jong, Gerardo Mario (2002) El método regional: recursos para la transformación social en *Revista Realidad Económica*, N° 185.
- Febvre, Lucien (1977) *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel.
- Fernández, Sandra y Dalla Corte, Gabriela (comp.) (2001) *Lugares para la historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos*, Rosario, UNR.
- Ford, Aníbal (1998), La hondas de David. Antropología, comunicología, culturología en el tercer mundo en *Causas y azares*, N° 7, Buenos Aires
- Fradkin, Raúl O (2001), Poder y conflicto social en el Mundo Rural: notas sobre las posibilidades de la Historia Regional en Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte (comp.): (2001) *Lugares para la historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos*, Rosario, UNR.
- Geertz, Clifford (2000), *Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura* en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Giddens, Anthony, (1995), *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Ginzburg, Carlo (1989), *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona, Gedisa
- González Y González, Luis (1968), *Pueblo en vilo*, México, F.C.E.
- González Y González, Luis (1982), *Nueva invitación a la microhistoria*, México, F.C.E.

- González y González, Luis (1997) *Otra invitación a la microhistoria*, México, F.C.E.
- (2001) La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o cómo contribuir a una historia nacional más complejizada en Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte (comp.): *Lugares para la historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos*, Rosario, UNR.
- Grendi, Eduardo (1996), ¿Repensar la microhistoria? en *Entre pasados*, *Revista de Historia*, Año V, N° 10.
- Gribaudi, Maurizio (1999) Échelle, pertinence, configuration en Revel, Jacques, *Jeux d'échelles*, citado por Barriera, Darío, "Las 'babas' de la microhistoria. Del mundo seguro al universo de lo imposible", en *Prohistoria. Debates y combates por la historia que viene*.
- Levi, Giovanni (1994), Sobre microhistoria en AA. VV. *Formas de hacer Historia*, Alianza, Madrid.
- Pereyra, Carlos (1980), Historia ¿para qué? en AA.VV.: *Historia ¿para qué?*, México, S. XXI.
- Revel, Jacques (1996) Microanálisis y construcción de lo social, en *Entre pasados*, *Revista de Historia*, Año V, N° 10, Buenos Aires.
- Rubi I Casals, María Gemma (1995) *Entre el vot i la recomanació. Partits, mobilització electoral i canvi polític a Manresa (1899-1923)*, Manresa, Premi Oms i de Prat, Fundació Caixa de Manresa, Manresa.
- Turner, Frederick J. (1976) *La frontera en la historia americana*, Madrid, Castilla.
- Wallerstein Immanuel (coord.) (1999), *Abrir las Ciencias Sociales*, México, S. XXI.
- Young Eric (1991), Haciendo Historia Regional: consideraciones metodológicas y teóricas en Pérez Herrero, Pedro (comp), *Región e Historia en México (1700-1850)*, México, UAM.